

Los Tesoros Imperiales

SANADA

Los Tesoros Imperiales

Esteban Martín

edebé

© Esteban Martín, 2014

© Edición: EDEBÉ, 2014

Paseo de San Juan Bosco, 62 (08017 Barcelona)

www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41 contacta@edebe.net

Dirección Editorial: Reina Duarte

Producción: Elisenda Vergés-Bó

Diseño: Els Altres

ISBN 974-84-683-1174-6

Depósito Legal: B. 10283-2013

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A Olga Martín, Ángel Martín
y Gerard Conesa.*

Nacido entre nosotros,
un día llegará el elegido.
Su origen tendrá donde se pone el sol.

Cabello de oro,
espíritu rebelde,
corazón de dragón.

Dos maestros le iniciarán
en el camino del bushido:
lealtad, justicia, sacrificio y honor.

Blandirá la Espada Legendaria
frente a aquellos que alzaron sus armas
contra el Emperador.

Honor y gloria abrirán
el filo de su catana
contra el camino del akudo.

La Tierra del Crisantemo
devolverá a su dueño
y emprenderá su propio viaje.

ÍNDICE

1. El barco pirata.....	11
2. Gochin	25
3. El rescate	31
4. El santuario	43
5. La misión	51
6. La tristeza del Emperador.....	55
7. La tierra del no retorno.....	57
8. Los emisarios del Emperador.....	61
9. <i>Hitodama</i>	65
10. El hilo sagrado.....	71
11. Reunión de malvados.....	77
12. Las Montañas Oscuras	81
13. La noria	85
14. El cementerio del Valle del Silencio	89
15. La ciénaga	93
16. El ejército del norte	101
17. Reencuentro	107
18. Andar a la greña	117
19. La llamada	121
20. El sogún	125
21. Tierras Negras.....	129
22. La flota de Kanade	139
23. Malas noticias.....	147
24. La tenebrosa tierra de Yomi.....	151
25. Los Tesoros Imperiales	171
26. La Ciudad Imperial	183
27. La batalla naval	187
28. La defensa de la Ciudad Imperial	197
29. Batalla final	205
30. Despedida	217

El barco pirata

Sanada quería saber. Hacía días que cabalgaba en dirección a una pequeña población costera. Su intención era encontrar allí un barco que le llevase a las islas de Izu, donde se hallaba la misión del padre Álvaro de Mendoza, quien le diría cuál era su origen, de dónde venía.

Cuando el joven samurái llegó al pequeño pueblo, se dirigió directamente al puerto. Había en él una gran animación: pescadores arreglando sus redes y gentes de todo tipo llevando mercancías de un lugar a otro, cargando y descargando los barcos. Todo el mundo miraba al joven samurái que, sin descender de su caballo, cabalgaba a paso lento hacia donde se encontraban los grandes barcos mercantes.

Le preguntó a un estibador y este le indicó adónde dirigirse para embarcar. No tuvo suerte con el primer barco.

–No admitimos caballos a bordo –le dijo el capitán.

–Le pagaré lo que me pida.

–Esa no es la cuestión. Creo que lo mejor es que vendas el caballo; parece bueno y te darán un buen precio por él –contestó el otro.

Sí, Sanada sabía que Rai era un buen caballo; tan bueno que le había salvado la vida y, por ambas razones, no estaba dispuesto a venderlo. Rai no era solo un caballo. Rai era un amigo fiel.

Se pasó gran parte de la mañana de un barco a otro y en todos le decían lo mismo: ninguno estaba dispuesto a admitir un caballo entre el pasaje.

–No te preocupes, Rai; no pienso venderte –dijo Sanada acariciando al animal mientras se dirigía a la zona del puerto reservada para los barcos de pesca.

Un viejo pescador se encontraba arreglando las redes. Le ayudaba en su tarea una niña de apenas siete u ocho años que, a pesar de su corta edad, mostraba una gran pericia con los aparejos de pesca. Un joven, que debía de tener casi su edad, también le ayudaba, aunque con una torpeza que hizo enfadar al viejo pescador.

–Fíjate en lo que haces, no tenemos todo el día –le dijo el hombre con tono molesto.

Sanada le saludó y el pescador también lo hizo. Por un momento, se quedó mirando con curiosidad a Sanada. No era usual que un joven, casi un niño, vistiese como un samurái..., sobre todo un joven extranjero. El chico parecía cansado y, sin embargo, llevaba la armadura y sus armas con la elegancia y la gallardía de un auténtico samurái.

–Tienes un buen caballo –le dijo el viejo.

–Tan bueno que ningún barco está dispuesto a dejarme embarcar con él.

–¿Hacia dónde te diriges?

–Hacia las islas de Izu.

–¿Tienes familia allí? –preguntó el pescador con curiosidad.

–No, me dirijo a la misión... ¿Hay una misión, verdad?

–Sí, la hay. Desde hace tiempo. Tú no eres de aquí... ¿Cómo es que vas vestido de samurái? –volvió a preguntar el anciano con redoblada curiosidad.

Sanada no se molestó. Desde que llegó al puerto se había dado cuenta de que había despertado la curiosidad de cuantos le habían visto. No llevaba puesto el *kabuto* y todo el mundo podía ver su rostro. Sanada no tenía los ojos rasgados, ni sus facciones eran como las de sus semejantes, sino las propias de un occidental. Era lógico que se preguntasen qué hacía un extranjero metido en aquella armadura de samurái.

–Te equivocas, anciano; nací en la aldea de Yaku.

–¿Cómo te llamas, hijo?

–Sanada, Sanada Yukimura.

El anciano lo comprendió todo cuando oyó pronunciar aquel nombre. ¡Quién no había oído hablar de él! Del hijo del valiente Akechi Yukimura. Ambos habían luchado contra los enemigos del Emperador y habían salvado el reino venciendo a un poderoso ejército de bandidos. Sí, el nombre de Sanada Yukimura había llegado a todos los confines del Imperio.

–Perdona mi curiosidad, joven Sanada; no quería ofenderte. Mi nombre es Naito –dijo levantándose e inclinándose ante él.

No te inclines, anciano; no tienes por qué hacerlo. Además, tus palabras no me han molestado.

Sanada desmontó del caballo y se acercó al anciano.

–Yo te llevaré hasta las islas –dijo el anciano.

Acordaron el precio del pasaje, que Sanada encontró muy razonable.

–Te estoy muy agradecido –dijo Sanada.

–Llegaremos mañana. Saldremos a pescar, faenaremos toda la noche y, si tenemos suerte, venderemos el pescado en el puerto de Izu.

–¿No te queda muy lejos?

–A mí me da igual vender en uno o en otro puerto. Y me vendrá bien tu dinero; somos gente muy pobre –concluyó el anciano Naito con resignación.

–¿Cuándo partiremos?

–Ahora mismo, en cuanto cargue las redes.

–¿Y tu tripulación? –preguntó Sanada.

–Estos son mis marineros: Fuma y la pequeña Aki –dijo Naito señalando a los dos niños.

Poco iba a pescar con tan escasa ayuda. El crío no era muy hábil. En cuanto a la niña, aunque mañosa y despierta, era demasiado pequeña y no tendría fuerzas para una dura jornada de trabajo en el mar. El viejo debía de ser muy pobre, pues estaba claro que no podía contratar a nadie. Aquellos debían de ser sus nietos. Seguramente su padre había muerto y el viejo pescador tuvo que hacerse cargo de ellos, pensó Sanada. Había en ambos niños, al igual que en el viejo pescador, una profunda

sombra de tristeza y abatimiento. La vida era muy dura para pescadores y campesinos.

–Puedes subir a bordo con tu caballo –dijo Naito cuando terminaron de cargar las redes.

Sanada, como un pescador más, le ayudó en sus tareas hasta que salieron del puerto y entraron a mar abierto. Tuvo que insistir, porque el viejo pescador no estaba de acuerdo al principio en que un samurái se empeñase en realizar trabajos tan innobles.

–Has sido bueno conmigo y yo debo corresponder a tu amabilidad –le contestó el joven samurái mientras se quitaba la armadura, y añadió–: No hay oficio innoble y encima hoy aprenderé algo nuevo.

–Eres voluntarioso –dijo Naito con respeto.

–No; el movimiento vence al frío.

Sanada pidió entonces al viejo pescador si podía prestarle algunas ropas de faena.

–Ya has pagado tu pasaje. Mis nietos me ayudarán.

Una cosa era ayudarle a salir del puerto y otra muy distinta lo que el joven pretendía. Naito no estaba dispuesto a que un samurái se ensuciase las manos de pescado y padeciera las inclemencias de una larga noche de duro trabajo y falta de sueño. A Sanada le costó trabajo convencer al viejo pescador, pero al fin cedió. Aquel chico era mucho más terco y testarudo que él. Ojalá, pensó Naito, su nieto tuviese sus arrestos.

Quien sí los tenía era la niña, pues demostró una gran pericia con las redes, así como una gran fuerza tirando de ellas para izarlas y subir las capturas a cubierta. Sanada estaba impresionado.

–Tienes mucha fuerza –le dijo a la niña.

–Sí, más que mi hermano –sonrió señalándolo con un gesto de cabeza.

El chico, con desgana, tiraba de la red y parecía a punto de derrumbarse de sueño.

Fue una noche laboriosa y dura, aunque el premio resultó muy gratificante; toda la cubierta se hallaba repleta de peces que coleaban sin cesar.

–¡Es magnífico! –exclamó Sanada.

–¿A que nunca habías visto tantos peces? –dijo Naito satisfecho.

–Es la primera vez que embarco en un pesquero.

–Pues espero que no sea la última. Nos has traído suerte.

Luego, se dedicaron a separar las distintas especies de peces y a colocarlas en sus respectivas cajas de madera.

–Es hora de dormir –ordenó el anciano–. Pero antes pondré rumbo al puerto de Izu.

–Yo haré la primera guardia –pidió Sanada.

–De acuerdo. ¿Sabrás mantener el rumbo?

–Sí, me guiaré por las estrellas.

Sanada se dispuso a hacer la primera guardia y también la última; no quería despertar a sus amigos. Él ya dormiría por la mañana, se dijo.

Una hora después, todo el mundo dormía excepto Sanada, empeñado en mantener el rumbo.

Una espesa niebla rodeó el barco de pesca. Había surgido de pronto y Sanada, junto al timón, apenas si podía ver la proa. De repente se intensificó un sonido que Sanada reconoció como el de las olas rompiendo contra el casco de un barco. No obstante, ahora el sonido era mucho más envolvente e intenso. Había más barcos en el mar, muy cerca, aunque no podía verlos.

–¡*Funayureis!* –exclamó Naito alarmado.

El ruido acababa de despertarle y enseguida supo de qué se trataba, se acercó a Sanada y miró inquieto a todas partes. La niebla empezó a despejarse muy lentamente.

–¿*Funayureis?* ¿Qué son *funayureis*? –preguntó Sanada, intrigado y alerta por la inquietud que mostraba Naito.

–Son los fantasmas de los que perecieron en el mar. Si se acercan a nosotros, estamos perdidos –y ante el rostro de sorpresa de Sanada, el pescador añadió–: Son muy peligrosos. Se aproximan a los barcos por todas partes, los rodean con sus botes fantasmales y terminan por hundirlos y ahogar a sus ocupantes. No debemos permitir que se acerquen o no viviremos para contarlos.

Naito levantó un pesado remo con ambas manos y se colocó a babor, en el centro del barco.

–Toma el otro remo y procura que no se acerquen –dijo Naito mientras le indicaba que se situase en el lado de estribor.

Así lo hizo Sanada.

–¿Qué se supone que debo hacer? –dijo clavando su vista en la niebla.

–Separar sus botes, golpearles en la cabeza..., cualquier cosa con tal de que no suban a bordo.

–No veo nada –dijo Sanada.

–Los verás –afirmó Naito.

Tenía razón. Cuando empezó a despejarse la niebla, Sanada vio infinidad de pequeños botes rodeando el barco e impidiendo su avance. Los fantasmas parecían figuras de cera y sus cuerpos eran transparentes, como hechos a base de jirones de niebla y vacío. Había muchos *funayureis* en cada bote, todos en pie y con los brazos tendidos hacia ellos, como implorando ayuda, aunque no podían oírles. Sus ojos eran dos puntos oscuros sin fondo en medio de unos rostros blanquecinos. Eran gentes de todas las edades, incluso niños, y Sanada sintió lástima por ellos.

–No debes sentir lástima. Los que lo hicieron no tardaron en reunirse con ellos en el fondo del mar –advirtió Naito, que parecía haber adivinado el pensamiento del joven samurái.

–No parecen peligrosos, sino pobres mendigos en las orillas de la muerte.

–Tú ocuparás esa orilla junto a ellos si no estás atento –dijo Naito mientras descargaba el remo contra los ocupantes de uno de los botes que se había acercado peligrosamente.

El barco se partió en dos como si fuese de gelatina y sus ocupantes se perdieron en el fondo del mar. Era fácil acabar con ellos; se deshacían igual que el humo, pensó Sanada; aun así dudó en descargar el primer golpe. Y no sabía por qué.

–No os haremos ningún daño –oyó Sanada; era la voz de una mujer.

Volteó su cabeza hacia la izquierda con el remo en alto y entonces la vio sobre cubierta, muy cerca de él. Aquel espectro

había sido una mujer hermosa y, aunque su aspecto era realmente fantasmal, Sanada no tuvo ningún miedo. Su cuerpo era como un fluido blanco y transparente que se mecía con el viento. Tenía las mejillas hundidas y una mirada mansa. Naito también la vio y, profundamente asustado, corrió hacia ella con la intención de descargar su remo sobre el fantasma del mar. Sanada se interpuso para parar el golpe al tiempo que gritaba:

–¡Espera!

–¿Te has vuelto loco? Acabará con nosotros –exclamó Naito.

–No, no lo haré. Ninguno de nosotros os hará ningún daño –dijo el fantasma de mujer dirigiéndose a Naito, y luego, clavando sus ojos vacíos en Sanada, añadió–: Necesito tu ayuda.

–¿En qué puedo ayudarte?

La mujer se quitó un medallón que tenía alrededor del cuello y lo tendió hacia Sanada.

–Quiero que le entregues esto a mi esposo y que le digas que él no fue culpable de mi muerte. Entonces descansaré en paz en la tenebrosa tierra de Yomi.

Sanada tomó el medallón.

–¿Dónde puedo encontrarle? –preguntó Sanada.

–En la taberna del Dragón Azul. Desde mi muerte se pasa la vida en ella, desperdiciando sus días. Su nombre es Takeo y era fuerte como el bambú.

–Así lo haré –afirmó Sanada.

–Gracias, noble guerrero. Y cuídate de la que no tiene rostro –fue lo último que dijo antes de deshacerse en la niebla.

Los demás *funayureis* también se esfumaron como en un sueño. Estaban solos en el mar.

Sanada se quedó intrigado con el medallón en la mano, miró a Naito, que estaba tan perplejo como él ante la rápida desaparición de todos los botes.

–¿Qué ha querido decir con «la que no tiene rostro»? ¿De qué debo cuidarme?

–Sé a qué se refería. Noppera-bo es la que no tiene rostro; se trata de una *yurei*, un fantasma de los más peligrosos.

—¿Y qué tiene contra mí?

—Lo ignoro, pero supongo que no tardarás en averiguarlo, así que te aconsejo que te mantengas alerta y en guardia.

El viejo volvió a dormirse y Sanada pasó gran parte de la noche dándole vueltas a aquel asunto. Finalmente, para olvidarlo, pensó en su padre, al que no vería nunca más, y se llenó de pena. Luego, recordó al maestro Oda; mucho era lo que había aprendido de él y sus palabras le acompañaban siempre. Junto al maestro Oda comprendió una frase que le dijo su padre hacía mucho tiempo: «Tu padre y tu madre son como el sol y la tierra; tu maestro es como la luna». También pensó en su hermana, Oyuki, y en Kusunada: la chica más hermosa que había conocido y de la que estaba profundamente enamorado. Pero no podía evitarlo: pasaría mucho tiempo hasta que volviera a verla, pues antes debía conocer cuál era su origen y si, en algún lugar del mundo, había alguien que llevara su misma sangre.

Ensimismado, su mirada se perdió en el mar. Empezaba a amanecer y, a lo lejos, vio una vela que se dirigía hacia ellos a buen ritmo.

El viejo pescador y sus nietos ya se habían despertado y palidecieron con la visión.

—¿Los conoces? —preguntó Sanada al pescador señalando en dirección al barco.

—Son piratas. No tenemos nada que hacer. Será mejor entregarles la carga —dijo Fuma adelantándose a su abuelo.

—¡Toda una jornada trabajando para esto, para que esos malditos perros del mar nos roben! —se quejó Naito con un tono apesadumbrado.

—¿No podemos ir más rápido? —preguntó Sanada.

—Nos alcanzarán. Siempre lo hacen —volvió a intervenir Fuma.

Sanada se percató de que no era la primera vez que aquellos desaprensivos atacaban al viejo pescador y le robaban.

—Ocultaos; no os quiero en cubierta. Yo trataré con ellos —dijo Sanada mientras se quitaba las ropas de pesca y se colocaba la armadura.

–Son muchos. No hay nada que hacer –dijo el anciano.

–¿Cuántos?

–Doce o catorce.

–Ya os han robado más veces, ¿no es cierto?

–No solo a mí, a todos los pescadores. Es Takeda, uno de los piratas más sanguinarios a las órdenes de Aito. A veces logramos burlarlos y otras no tenemos tanta suerte... Este es uno de esos días. Son muchos, Sanada. Será mejor que no te enfrentes a ellos –insistió.

Sanada conocía a Aito, el jefe de los piratas. Fue un fiel aliado del bandido Yutaka y le prestó sus servicios en su levantamiento contra el Emperador. Sanada sabía que más pronto o más tarde tendría que vérselas con el pirata y derrotarlo, al igual que hizo con Yutaka.

–Hoy, en el puerto de Izu, venderás tus peces a buen precio; te lo garantizo.

La seguridad del samurái, por un segundo, les hizo albergar esperanzas de que así fuese; pero inmediatamente el pesimismo volvió a aflorar en sus rostros. Los niños temblaban.

–No tengáis miedo –les dijo Sanada–. No hay nada que temer.

El joven samurái apretaba fuertemente su espada, llamada la Espada Legendaria, mientras clavaba su mirada de halcón en el barco pirata. Finalmente, los tres le hicieron caso y se ocultaron en el interior del barco de pesca.

El barco pirata cada vez se encontraba más cerca y, si seguía así, en breve los abordarían. El junco, de popa corta y carente de quilla, era pequeño y rápido. Sus velas, de tela gruesa de algodón, estaban unidas por juncos entretejidos y tejidas a listones de bambú. El casco, pintado de un rojo intenso, reforzaba su aspecto amenazante. Tenía tres palos, una gran vela en el palo mayor y dos pequeñas en el de mesana y en el trinquete. Sanada podía ver ya a algunos de los piratas en cubierta, preparados para saltar sobre el insignificante barco de pesca. Era imposible escapar.

Caballo y caballero, uno junto al otro, se prepararon para el combate. Rai comprendió la situación y supo lo que tenía que

hacer. Aquellos piratas iban a probar en sus rostros y en su pecho la fuerza de sus patas. Sanada debía adelantarse a cualquier movimiento de los piratas; sorprenderlos, no darles un respiro. Con la cabeza erguida, mantuvo una postura de combate: los hombros hacia abajo, el abdomen endurecido y fortaleza en las piernas. Debía observar su orden de ataque, salir con rapidez al encuentro de los primeros piratas y, con la espada desenvainada, adoptar una estrategia de izquierda a derecha, con el ánimo de dar caza a todos ellos aunque se abalanzaran sobre él. Todo esto pensaba Sanada mientras los piratas, en rápida maniobra, amuraron en paralelo a pocos metros de la línea de babor del barco de pesca.

Takeda hizo su aparición en cubierta, rodeado por un gran número de sus hombres. Era un tipo fornido y corpulento y su rostro maligno tenía una expresión de gran fiereza; la de un hombre que jamás perdonaba. Llevaba un pañuelo anudado a la cabeza y gran cantidad de armas alrededor de la cintura. Los demás no tenían mejor aspecto; eran sucios y acostumbrados a la bronca y a la pelea sin cuartel.

Takeda se quedó mirando al samurái con una expresión de sorpresa. Luego, se echó a reír y sus hombres le secundaron.

—Entregadnos la carga y no os haremos ningún daño.

Sanada no respondió. Continuó mirándolos y evaluando la situación y sus posibilidades.

—¡Sal de tu escondite, Naito! Esta vez no te servirá de nada ocultar a tus nietos. Los venderemos a un buen precio, como haremos con tu hijo.

—¡Ya basta de charla! —gritó Sanada—. Takeda, tienes un minuto para dar la vuelta y perderte por el horizonte.

—¿Quién eres tú?

—Quién soy yo no tiene importancia. Aquí no encontrarás oro ni plata.

—Lo sé; me conformaré con una buena pesca.

—Da la vuelta y ninguno de tus hombres resultará herido.

—También conseguiré un buen precio por ese magnífico caballo —dijo Takeda, sin atender a las palabras de Sanada.

–Da la vuelta –repitió Sanada.

–Baja esa espada o te harás daño con ella. ¿Acaso crees que vamos a detenernos por un crío? –exclamó el pirata con desprecio.

Todos los piratas se rieron de él a mandíbula batiente. ¿Quién se creía que era vestido de aquella manera, como si fuese un gran guerrero?

–El exceso de seguridad es un peligro –dijo Sanada sin importarle que aquellos mastuerzos se rieran de él.

–No discutiré con un idiota –dijo Takeda sin dejar de reírse de Sanada–. ¡Quítate de en medio!

Sanada no se inmutó. Únicamente apretó más su espada.

–Takeda, voy a decirte lo que ocurrirá sino haces caso a mis advertencias –empezó a decir Sanada–. Primero lanzaré a algunos de tus hombres al mar. Después saltaré a bordo, rasgaré tus velas, incendiaré la cubierta, acabaré con un par más de tus esbirros y finalmente...

Takeda le interrumpió con una sonrisa de incredulidad:

–Finalmente, ¿qué?

–Borraré esa estúpida sonrisa de tu rostro.

Fue la gota que colmó el vaso. A un leve gesto del pirata, varios de sus hombres se dispusieron para entrar en acción.

Sanada estaba preparado.

Cuatro piratas se prestaron al abordaje con las espadas entre los dientes, Sanada repelió a dos de ellos antes de que pudieran completar su asalto. Cayeron al mar. Rai, por su parte, levantándose sobre sus patas traseras, clavó sus cascos en los otros dos, que inmediatamente, descalabrados y doloridos, se reunieron con sus compinches.

Sanada saltó a bordo del junco sin dar tiempo a los piratas a reaccionar.

–¿Dónde diablos se ha metido? –gritó Takeda con la espada en la mano.

El joven trepaba velozmente por el palo mayor. Sacó su *wakizashi*, la espada corta, la hundió en la tela y se dejó caer. El filo de su espada empezó a desgarrar la vela hasta convertirla en un

simple trazo. Sanada saltó a cubierta y, burlando a un grupo de piratas, corrió por ella en dirección al alcázar con su catana en la mano. Algunos hombres le salieron al paso, lo rodearon, pero al samurái no le costó gran trabajo quitarlos de en medio. Se batía con brío y decisión, desarmando a uno, hiriendo a otro y abriéndose camino hacia su objetivo. Cuando llegó al alcázar, de un solo tajo cortó el farol de popa, lo alcanzó al vuelo con la otra mano y lo arrojó con decisión contra la vela del palo de mesana. Ante la sorpresa de los piratas, el fuego corrió como la pólvora y parte del alcázar quedó envuelto en llamas.

—¡Es un diablo! —gritó uno de los piratas, que, asustado, echó a correr hacia el otro lado del barco.

El resto le siguió en desbandada.

—¡No huyáis! ¡Acabad con ese maldito crío! —gritó Takeda fuera de sí.

Corrió hacia Sanada con la espada en la mano, pero su avance se vio interrumpido por los piratas que huían del alcázar. Takeda cogió a uno por la camisa y lo zarandeó.

—¿Qué hacéis? ¿No me habéis oído? ¡Id a por él! ¡Que no escape!

Solo dos intentaron que Sanada no escapase. Pero el chico se batió con tal brío que los desarmó de un solo golpe. Sanada se acercó a estribor dispuesto a saltar de nuevo a bordo del barco pesquero. Tomó una cuerda que colgaba del palo de mesana y saltó. Takeda a pocos metros del chico hizo lo mismo.

Los dos se encontraron en la cubierta del pesquero y, mientras Sanada tomaba el timón para iniciar una rápida maniobra de alejamiento, el pirata descargó un golpe de espada sobre el chico. Sanada tuvo el tiempo justo de librarse de la hoja, que se hundió en el timón.

—¡Este no es tu barco! —gritó Sanada, al tiempo que le propinaba un fuerte puñetazo en el rostro y lo arrojaba al mar.

Naito, alborozado, salió a cubierta dispuesto a ayudar al joven samurái.

—Huyamos de aquí. El fuego los mantendrá entretenidos durante un buen rato.

–Dudo que puedan seguirnos. Has inutilizado sus velas –dijo Naito con una alegría y un entusiasmo que hacía tiempo que no experimentaba.

Aquel chico, solo y sin ayuda, había dado buena cuenta de los piratas. Y además cumplía sus promesas: borró la estúpida sonrisa del rostro de Takeda y lo había arrojado al mar.

–¿Puedo abrazarte? –dijo Naito y, sin esperar respuesta, rodeó al samurái con sus brazos y empezó a saltar como un niño.

Los niños habían salido a cubierta y miraban a su abuelo con una expresión de incredulidad.

Lo primero que hicieron fue alejarse a toda prisa de allí. Cuando el barco pirata ya era solo un punto en llamas en mitad del mar, Sanada dijo:

–Ahora cuéntame qué le ocurrió a tu hijo.

Naito, antes de iniciar su relato, puso rumbo hacia el puerto más importante de las islas de Izu y preparó el desayuno. Después de comer todos en cubierta, empezó a hablar. Su voz sonó triste y desesperanzada.

Al parecer el viejo pescador había tenido dos hijos. El mayor había muerto hacía unos años, cuando los piratas atacaron la aldea y se llevaron por la fuerza a algunos de sus habitantes para venderlos como esclavos. Capturaron a su madre, la mujer del pescador, y el chico salió en su defensa con un cuchillo en la mano. El jefe de los piratas no lo dudó un instante y hundió su espada en el corazón del muchacho ante la mirada aterrorizada de su propia madre. Naito, como el resto de los pescadores, no se hallaban en ese momento en la aldea. Todos se encontraban faenando en el mar, aunque, de haber estado allí, tampoco hubieran podido detener a los piratas. No tenían armas, no sabían defenderse, tan solo pescar, y los piratas eran gente malvada y sanguinaria. Ese día, además de matar al chico, se llevaron a catorce habitantes de la aldea; a todos los que no lograron escapar y ocultarse.

Naito reunió todo el dinero que tenía y se dirigió a la isla de los piratas con la intención de pagar un rescate por su esposa. Ya había perdido a uno de sus hijos y no estaba dispuesto a re-

signarse, a perder también a la mejor de las esposas y fuente de toda su alegría.

–¿Por qué aceptar ese dinero a cambio de tu mujer cuando, sencillamente, puedo robártelo? –le dijo el pirata riéndose de él.

Eso fue lo que hizo, después de amenazar a Naito con matarlo si no desaparecía inmediatamente de su vista. Su intención no era apresarlo ni venderlo como esclavo, pues poco dinero iba a conseguir por él, sino que le seguiría robando a lo largo de los años. Naito nunca más volvió a ver a su mujer.

–Hace apenas una semana –concluyó Naito–, los piratas volvieron a atacar nuestra aldea y se llevaron al único hijo que me quedaba, su padre –dijo señalando a sus nietos–. También se los hubieran llevado a ellos si no los hubiera ocultado. Desde entonces no hemos vuelto a la aldea. Vivimos en el barco de pesca, al amparo de cualquier puerto. Esa es la historia.

–Te diré lo que haremos –replicó al cabo de un rato Sanada–. Venderemos el pescado en el puerto de Izu y esta noche dormiremos en el barco. Necesitamos descanso. Y mañana, antes de que amanezca, saldremos a cumplir una misión.

–¿Qué misión?

–Rescatar a tu hijo.